EL PADRE BROWN ANDUVO POR LA ARGENTINA

Lic. Liliana Pinciroli

Alexandriæ.org

Biblioteca de formación para católicos

1- Introducción:

El año 1899 fue particularmente significativo para las letras argentinas: en ese año nacieron Jorge Luis Borges y Leonardo Luis Castellani, compañeros de generación aunque de disímiles posturas. Andando el tiempo, se convertirían en figuras representativas de dos tipos de intelectuales argentinos. El primero, Borges, intelectual ilustrado, poseedor de una vasta "cultura de salón", memorioso, habitué de cafés y tertulias culturales paquetas y articulista permanente en las revistas literarias que buscaban colocar a la Argentina en consonancia con la "movida" intelectual internacional. Lector incansable y escritor prolífico, se convirtió en maestro de varias generaciones de escritores argentinos y extranjeros que encontraron en él el secreto para construir urdimbres lingüísticas y juegos del lenguaje, sin un mayor compromiso ético o filosófico; puros discursos retóricos que minusvaloran la función referencial del lenguaje. Respecto de la escritura, pone en boca de Asterión: "No me interesa lo que un hombre pueda transmitir a otros hombres…pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura." Por otra parte, en Tlön, planeta construido por el lenguaje, "los metafísicos no buscan la verdad ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica".

Por su parte, Castellani es el tipo de intelectual rumiador, lector curioso y crítico, enamorado de la Verdad y dispuesto a encontrarla y a mostrarla en todos sus escritos; autor de una considerable cantidad de obras literarias, filosóficas, exegéticas, teológicas, acostumbrado a cantar "en cosas de jundamento". Para él, la literatura sí es vehículo de ideas, porque si bien el fin del arte consiste en la producción de un objeto bello, la Belleza es inseparable de la Verdad y del Bien. Un texto no es bello cuando no es verdadero; la suya es una poética al servicio de la Verdad. Sacerdote y escritor, se ha convertido en maestro de generaciones de intelectuales que asientan su pensamiento en la sólida roca del tomismo.

Ambos vivieron a lo largo del siglo XX y pertenecieron a la misma generación literaria; cumplen con las notas que pedía Ortega y Gasset para conformar una generación: tener la misma edad (con el apoyo de la idea de coetaneidad) y tener algún contacto vital. Aunque, como señala Marta Castellino: "La personalidad de Leonardo Castellani se recorta con perfil y valores propios en el contexto de una promoción literaria que no dudo en calificar de excepcional en el desarrollo de la cultura argentina: la Generación del 24". A pesar de las diferencias, tuvieron puntos de contacto: fueron reconocidos, a sus setenta y tantos años como los representantes vivos de la cultura argentina, y, sobre todo, leyeron los mismos libros y autores: entre ellos, a Chesterton. Por supuesto, como es fácil advertir, no lo leyeron del mismo modo.

2- Recepción argentina de la obra de Gilbert K. Chesterton:

La Estética de la Recepción, desarrollada alrededor de los años 70, en especial por Hans R. Jauss, señalaba que en la instancia de lectura se ponían en acto códigos diferentes de los que el autor del texto en cuestión había manejado durante el proceso de escritura. El "horizonte de expectativas" del escritor no coincide necesariamente con el "horizonte de expectativas" del lector; justamente, la apropiación de sentido del texto depende del punto de coincidencia de ambos factores. A Jauss le interesaba en especial no tanto la coincidencia entre el "código primario" u horizonte de expectativas del autor y el "código secundario" u horizonte de experiencia del receptor, cuanto la "historia literaria como crítica de las mutaciones de interpretación de los textos" .

Es sabido desde antiguo que "quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur": no es de extrañar, por tanto, que la diferente recepción que de Chesterton han hecho Borges y Castellani responda a este principio. La dificultad radica en que la Estética de la Recepción, al acentuar su mirada en la instancia interpretativa, "corre el riesgo de despreocuparse del grado de conformidad y probabilidad de la interpretación respecto a las estructuras

del texto" y de que "la insistencia predominante en las condiciones de experiencia estética "conduzca "a la suplantación del significado del texto por el efecto interpretativo" . De hecho, el mismo Borges sostiene: "El hecho estético requiere la conjunción del lector y del texto y sólo entonces existe. Es absurdo suponer que un volumen sea mucho más que un volumen. Empieza a existir cuando un lector lo abre. Entonces existe el fenómeno estético, que puede parecerse al momento en el cual el libro fue engendrado"

Como los argentinos, según Castellani, "no somos entendidos en libros, pero somos entendidos en encuadernaciones" Chesterton llegó a una importante masa de lectores argentinos no de primera mano, sino mediatizado por Borges o por Castellani. La diversa recepción que de la obra de Chesterton han realizado estos autores, ambos muy leídos y considerados con autoridad en materia de interpretación por sus propios lectores, unida a la difusión académica de la teoría de la recepción y su acento en el efecto interpretativo más que en el significado del texto, cobra relevancia porque no se trata ya de un problema de código personal –el de Borges y el de Castellani- sino de ese efecto interpretativo que se expande en la cultura argentina como las ondas en el agua. No se trata aquí de denunciar una dualidad hermenéutica opuesta, o de considerar "incorrecta" tal o cual modalidad interpretativa, sino simplemente de señalar que el recorte que tanto Borges como Castellani han realizado en la instancia de lectura de acuerdo con sus intereses y expectativas, moldea el acercamiento que sus respectivos lectores- sobre los que ejercen reconocido magisterio- hacen de Chesterton.

3. Borges y el Chesterton "fantástico":

Jorge Luis Borges fue gozoso lector de Chesterton: "La obra de Chesterton es vastísima y no encierra una sola página que no ofrezca una felicidad" . Sin embargo, aunque demuestra haber leído muchas de sus obras, prefiere para su comentario los cuentos policiales. A ellos se refiere en sus artículos "The paradoxes of Mr. Pond", de G. K. Chesterton (1937);

Sobre Chesterton (1952); El cuento policial (1978); Gilbert Keith Chesterton: La cruz azul y otros cuentos (1988). Algunas de las ideas que Borges expone en estos artículos se repiten de uno a otro, de manera que podríamos sintetizar sus apreciaciones en pocos puntos:

1- El creador y maestro del género policial fue Edgar Allan Poe, y Chesterton es su mejor heredero, su gran heredero. Es más: "Chesterton dijo que no se habían escrito cuentos policiales superiores a los de Poe, pero Chesterton –me parece a mí- es superior a Poe". Poe escribió o cuentos fantásticos o cuentos policiales; en cambio Chesterton escribió cuentos donde se conjugan los dos elementos: son fantásticos y, finalmente, tienen una solución policial.

2- El elemento fantástico es la clave de la genialidad de Chesterton: sus cuentos, dice Borges, "simulan ser policiales pero son mucho más. Cada uno de ellos nos propone un enigma que, a primera vista, es indescifrable. Se sugiere después una solución no menos mágica que atroz, y se arriba por fin a la verdad, que procura ser razonable" y añade: "Cuando el género policial haya caducado el porvenir seguirá leyendo estas páginas, no en virtud de la clave racional que el Padre Brown descubre, sino en virtud de lo sobrenatural y monstruoso que antes hemos temido" . Para Borges, para quien el Universo es un enigma indescifrable, un Orden inaccesible que se transforma en Caos para la inteligencia humana, y todos los aconteceres humanos están regidos por leyes arbitrarias e impenetrables, los enigmas que plantea Chesterton no pueden tener soluciones tan fáciles. La solución es ilusoria porque "la mente humana no puede reconstruir un orden que no existe o que si existe está regido por leyes divinas, inaccesibles a la inteligencia de los hombres" . Esta imposibilidad de conocer la verdad no exime del esfuerzo humano de proponer soluciones, aunque provisorias. Para el escéptico Borges, esa es la tarea de la filosofía y de la teología: buscar respuestas que, se sabe de antemano, son sólo aparentes. Chesterton es un genial constructor de mundos fantásticos y terribles, porque el mundo es fantástico y terrible. Sus textos son como espejos de una realidad atroz:

"Chesterton, me parece, no hubiera tolerado la imputación de ser un tejedor de pesadillas, un monstruorum artifex… pero invenciblemente suele incurrir en atisbos atroces"… "algo en el barro de su yo propendía a la pesadilla, algo secreto, y ciego y central"… "Esa discordia, esa precaria sujeción de una voluntad demoníaca, definen la naturaleza de Chesterton. Emblemas de esa guerra son para mí las aventuras del Padre Brown, cada una de las cuales quiere explicar, mediante la sola razón, un hecho inexplicable" .

3- Las soluciones del Padre Brown a los enigmas a primera vista indescifrables, procuran ser razonables.

La maestría de Chesterton radica, para Borges, en el procedimiento del Padre Brown, que extiende a Mr. Pond: en el cuento policial estándar, la solución es de orden material; el detective ha visto algo en el lugar del hecho. En cambio, en las buenas ficciones policiales, la solución "es de orden psicológico: una falacia, un hábito, mental, una superstición. Ejemplo de las buenas –y aun de las mejores- es cualquier relato de Chesterton" . El mismo Borges siguió este procedimiento: junto con su amigo Adolfo Bioy Casares y bajo el seudónimo común H. Bustos Domecq escribieron los casos de don Isidro Parodi, un preso que resuelve los crímenes sin moverse de la cárcel.

Pero una vez resuelto el caso, no hay arrestos ni violencia, el Padre Brown confiesa y absuelve al culpable.

Sin embargo, Borges considera que las soluciones no son racionales, aunque procuran serlo: "Cada una de las piezas de la Saga del Padre Brown presenta un misterio, propone explicaciones de tipo demoníaco o mágico y las reemplaza, al fin, con otras que son de este mundo" . Para Borges son válidas las explicaciones de tipo demoníaco o mágico, no así las "de este mundo", justamente porque niega a la razón humana la capacidad de alcanzar un conocimiento cierto de la realidad. Y por algo más: porque "la razón a la que Chesterton supeditó sus imaginaciones no era precisamente la razón, sino la fe católica, o sea, un conjunto de imaginaciones hebreas

supeditadas a Platón y a Aristóteles” . Pero el mismo Borges, sin querer, dio en la verdadera naturaleza de Chesterton, al señalar en otro texto: “Es lícito afirmar que Gilbert Keith Chesterton hubiera podido ser Kafka. El hombre que escribió que la noche es una nube mayor que el mundo y un monstruo hecho de ojos hubiera podido soñar pesadillas no menos admirables y abrumadoras que la de El Proceso o la de El castillo. De hecho, las soñó y buscó y encontró su salvación en la fe de Roma, de la que afirmó extrañamente que se basa en el sentido común” . Acertó Borges al afirmar que Chesterton tuvo pesadillas y encontró su salvación en la fe de Roma: no otra cosa refiere Chesterton cuando sostiene en El ángel rojo que “el niño –y nosotros podemos cambiar por “el hombre”- ha conocido íntimamente al dragón desde que supo imaginar” pero también sabe que “los infinitos enemigos del hombre tienen enemigos en los campeones de Dios; de que hay algo en el universo más místico que las tinieblas y más potente que el miedo poderoso” . Justamente en este texto Chesterton responde a Borges, puesto que señala la persistente insistencia de los poetas modernos en negar la esperanza y sostener una visión sombría del universo: “Hay un cielo quizá; hay sin duda un infierno”. Podemos tratar vigorosamente acerca del misterio sombrío, pero no acerca del misterio feliz dice Chesterton. He aquí el problema de Borges: leyó a Chesterton, pero sólo aprovechó aquellos aspectos de su obra que coincidieron con su propio “horizonte de expectativas”: el misterio sombrío, la pesadilla, el espanto. No acepta Borges una razón iluminada por la fe; para él, la multiplicidad de sistemas teológicos y proposiciones metafísicas dan cuenta del permanente intento del hombre por conocer, por alcanzar la verdad, pero justamente esa multiplicidad es signo del fracaso del hombre: la existencia de tantas religiones, de tantos y contradictorios sistemas teológicos, señalan claramente que ninguno es verdadero. El cosmos, entonces, está regido por leyes que no podemos interpretar y que nos producen asombro: a esto se llama “lo fantástico” .

4- Castellani y el Chesterton “Teológico”:

“¿Qué hubieran dicho los ingleses si Sherlock Holmes se hubiese

hecho cura? He aquí que ha sucedido: el policía se ha ordenado, y se llama Padre Brown". Estas festivas palabras de Leonardo Castellani aparecen en las primeras líneas de su artículo Sherlock Holmes en Roma, el cual encabeza una serie de ensayos que Castellani escribió en la década del 30 sobre Chesterton y que fueron recopilados y publicados luego en su libro Crítica literaria.

Los diversos ensayos sobre Chesterton trasuntan una gran admiración por su genio poético, su estilo juguetón, su buen sentido, su alegría de vivir, su amor irrenunciable a la verdad. Castellani leyó profusamente a Chesterton, tradujo algunos textos suyos y se trajo al Padre Brown a resolver casos en la Argentina.

Soslayando otros textos para enfocar el tema que nos ocupa en este trabajo, a partir de las apreciaciones de Castellani sobre el cuento policial y la figura del padre Brown podemos establecer un paralelo con los puntos señalados en los textos de Borges.

1- Castellani también ubica a Chesterton en el marco del género policial, de enorme difusión en el siglo XX. Con Doyle, Poe y Leroux el género superó el folletín y entró en la literatura: Chesterton ha hecho la obra maestra del género con sus cuentos policiales. Distintamente de Borges, no adjudica este logro a la conjunción de lo policial con lo fantástico, sino a la conjunción de lo policial con lo teológico: los cuentos del Padre Brown constituyen una "copiosa colección de cuentos policiales cuyo protagonista es un sacerdote católico, Sherlock Holmes transformado en cura, pero que ha ganado inmensamente, con las sacras órdenes" .

2- El elemento teológico es la clave de la genialidad de Chesterton: Castellani reconstruye imaginariamente las circunstancias en que Chesterton concibió la figura del Padre Brown. Supone la intención apologética de Chesterton: defender la fe católica en Inglaterra. Supone también la intención misionera: explicar el Catecismo a sus compatriotas de modo tan

original "que entre el inmenso bullicio de sus negocios, sus vanidades, sus prejuicios" escuchen. ¿Qué mejor género que el policial, y qué mejor detective que un sacerdote? ¿Y el antagonista? Flambeau, convertido por el cura detective y vuelto su confidente: un Watson para Brown. Y se lanza a escribir los cuentos que presentan "problemas descomunales, paradojales, chestertonianos, pero todos guisados diversamente". Los absurdos abundan, pero el absurdo es en realidad misterio –no pesadilla- y es lógico. "El católico es un hombre que cree que no todo se puede entender, que ha admitido una vez la existencia de una Cosa Incomprensible (es decir, mayor que él) con la cual se comprenden todas las otras" (p.139). El asombro ante la maravilla persiste: pero no por su oscuridad sino por causa de su grandísima luminosidad. La gran Apologética de los casos del Padre Brown radica en la Dicha. Es sabido que la fe es una dicha, "pero pocos han recibido el don de que esa dicha se transparente en ellos en forma de ejercer un influjo atrayente en otros. No está la cosa en que Chesterton diga en cada página de sus libros: "Yo tengo la Fe", sino en que lo dice a carcajadas". (p. 142).

3- Las soluciones del Padre Brown a los enigmas a primera vista indescifrables, terminan siendo razonables o de "sentido común". Admite Castellani la solución racional- no racionalista- de los misterios planteados al cura –detective. Ese sacerdote pequeño, simplón, insignificante, distraído, de aspecto vulgar, "es un ser soportable y bueno, pero que se deja a un lado hasta que se llega a un atolladero. Pero cuando se llega a un atolladero (y todo mortal llega por lo menos a un Atolladero), entonces el curita tonto se crece como un campanario, dice una palabra extraña, una palabra misteriosa que es una explosión de magnesio que ilumina todo: porque él ve las cosas como son y los otros sólo las apariencias" (p. 142). El Padre Brown sabe las respuestas porque maneja los primeros principios, porque conoce la filosofía, la teología y la naturaleza humana. Razón y fe no son contradictorias, y justamente el Padre Brown resuelve cuestiones aparentemente insolubles, porque su razón está iluminada por la fe. No le interesa la resolución brillante de los casos sino el alma de los pecadores, y por eso busca su arrepentimiento, los confiesa y los absuelve. Borges había

señalado que, extrañamente, Chesterton consideraba que la fe católica tenía su base en el sentido común. Castellani coincide con Chesterton y explica: “Chesterton es el defensor de la inteligencia sobre la razón, el panegirista invencible de la intuición sobre el raciocinio. Es nuestra facultad más profunda, esa Inteligencia amada por Santo Tomás, la vista del alma que en su forma casera es el humilde y santo Sentido Común, los ojos del alma con que el hombre conoce los primeros principios, el ángel todas las cosas y el beato en el cielo directamente a Dios” (p. 140 -1).

Castellani, por su parte, va a configurar dos sacerdotes – detectives inspirados en el Padre Brown: Pío Ducadelia, fraile jeromiano cuyas aventuras transcurren en la ciudad, y el Padre Demetrio Constanzi, más conocido como “Padre Metri”, misionero en el Chaco santafecino. Siguen ambos el procedimiento del Padre Brown: buscan la respuesta a enigmas y a situaciones desconcertantes, inusitadas, pero procuran resolverlos para el bien de las almas de los involucrados. No resplandece la verdad para mal de nadie sino para bien de todos: convierten y confiesan a los criminales arrepentidos y dejan siempre una enseñanza moral y una verdad teológica para meditar.

Leonardo Castellani, sacerdote católico, conoce “los gajes del oficio” y por eso en su horizonte de expectativas tiene cabida el Padre Brown con todo su bagaje teológico.

5- Conclusión:

Hemos intentado dar cuenta, aunque someramente, de la recepción que los cuentos del Padre Brown tuvieron en dos grandes escritores argentinos del siglo XX, importantes no sólo por su obra sino también por el influjo que ejercieron y ejercen en el ambiente intelectual de nuestro país. Los artículos de Borges y de Castellani sobre Chesterton aparecieron mientras éste aún escribía. Andando el siglo, los lectores aficionados a Borges o a Castellani hemos conocido a Chesterton a través de sus escritos,

y como un amigo que presenta a otro amigo, nos hemos aficionado también a la lectura de Chesterton. La diferente recepción que de la obra de Chesterton realizaron estos autores se corresponde con su visión del mundo, sus códigos e intereses personales. Pero la interpretación literaria más acertada es, por supuesto, la que procura no acomodar el texto a los propios esquemas, sino acercarse lo más posible a la instancia de producción, a la reconstrucción del sentido que el autor dio a su obra.

Castellani, por compartir la visión católica de Chesterton, ofrece una interpretación más ajustada que la de Borges, quien, admirador confeso de Chesterton, se quedó por los alrededores y no penetró –o no quiso penetrar- en la médula de su pensamiento.

Castellani nos mostró a un Chesterton "Borracho de Poesía y Teología. De bracete con su hija la Alegría de Vivir".

Borges nos mostró a un Chesterton de "pesadillas", aunque aseguró que Chesterton se había librado de sus pesadillas mediante la fe católica. Las pesadillas de Borges persistieron a lo largo de su vida, y le hicieron clamar contra un mundo "irremediablemente real" y su propia incuestionable existencia: "yo, lamentablemente, soy Borges". No sabemos si sus pesadillas lo acompañaron a la tumba: trascendió la noticia de que fue asistido por un sacerdote católico en su lecho de muerte. Es posible jugar en vida con mundos de ficción y de fantasía, pero la muerte es cosa seria y allí la realidad se torna abrumadora. Posiblemente halló, como Chesterton, la salvación mediante la fe de Roma: no puede haber sido casual que Borges muriera exactamente el día en que se cumplían cincuenta años de la muerte de Chesterton: el 14 de junio de 1986. Si Chesterton lo vino a buscar, debe haberse reído de buena gana del escepticismo aparente de Borges.